

## JARDINE, JOVELLANOS Y LAS DIFÍCILES RELACIONES HISPANO-BRITÁNICAS A FINALES DEL XVIII

José Francisco Pérez Berenguel

La fecha de nacimiento de Alexander Jardine continúa envuelta, a pesar del tiempo transcurrido, en un cierto halo de misterio. Sabemos, por su correspondencia, que fue hijo ilegítimo de Sir Alexander Jardine (1712-1790), cuarto barón de Applegirth, convertido al catolicismo y caballero célibe de la orden de Malta<sup>1</sup>. Applegirth, actualmente en manos del patrimonio público, es un paraje extenso y de gran belleza que está situado en la región de Dumfries, en el sur de Escocia, próximo ya a la frontera territorial con Inglaterra. En los archivos parroquiales de este condado aparece registrado el nacimiento de un hijo de Alexander Jardine, sin referencia a ningún nombre materno, nacido el 14 de septiembre de 1739 en Dryfholm, en el pueblo de Applegarth<sup>2</sup>. Esta pequeña aldea no disponía todavía de registro y los bautizos, bodas y entierros solían oficiarse por tanto en la parroquia vecina de Dryfesdale. Para su desgracia su verdadero padre, Sir Alexander, jamás le reconocería oficialmente como hijo legítimo suyo y, además, al convertirse en caballero de Malta, dada su soltería, traspasaría el baronetazgo, la mansión de Jardinehall y todas sus propiedades a su hermano William. Con la condición previa, eso sí, de que éste se casara y la disposición notarial de que compensara a su hijo Alexander y a la madre natural de éste, Janet Bell, con una anualidad de 20 libras esterlinas, amén de otras 1.500 tras su muerte. Los archivos escoceses contienen gran cantidad de

1. F. de Miranda, *Archivo del General Miranda*, León Hermanos, Caracas, 1925, vol. 6, *Carta de Jardine a Miranda*, 7 enero 1793, pp. 255-259. Para más información sobre su padre, *vid. Boswell's London Journal 1762-1763*, edición y notas de F. A. Pottle, London, William Heinemann, 1950, p. 229.

2. General Register Office (Edimburgo), *Old Parochial Register of Births and Baptisms*, County of Dumfries, Parish of Dryfesdale, 14 septiembre 1739.

documentos que testimonian, sin embargo, las enormes dificultades y litigios que tuvo que afrontar Alexander Jardine, tanto en su nombre como en el de su madre, ésta analfabeta, para que su tío William cumpliera con parte del compromiso escrito que había contraído anteriormente con su padre<sup>3</sup>.

Alexander Jardine se alista en el cuerpo de artillería el 10 de marzo de 1755, por mediación del teniente Forbes Macbean, entonces en viaje de alistamiento por Escocia<sup>4</sup>. Es aquí donde comienza su carrera militar, primero como soldado, más tarde como cadete, y donde finalmente saldrá nombrado teniente en 1758. Después de participar en la Guerra de los Siete Años y en las campañas de las Indias Occidentales, es enviado a Gibraltar en 1762 para tomar parte en la defensa del Peñón, tras el acuerdo del Tercer Pacto de Familia entre España y Francia, que despertó en su país los mayores temores. Sin embargo, la firma un año más tarde de la Paz de París pondría fin a las hostilidades y, con ello, también a su primera y breve estancia en España. Sería por poco tiempo.

Años después, en 1766, Jardine es enviado nuevamente a la Roca, según el gobernador militar John Irwin, «para conocer y destruir los planes de esa Corte y del duque de Crillon contra Gibraltar»<sup>5</sup>. La estancia de Jardine se prolongaría esta vez durante seis años, siendo posiblemente entonces cuando conociera a Juana Jardine, que habría de convertirse en su mujer y que posteriormente sería descrita por Jovellanos como una «inglesa natural de Gibraltar». Es también durante este tiempo cuando realiza su primera misión «diplomática», al ser enviado en 1771 por el nuevo gobernador militar, el general Cornwallis, a la Corte de Marruecos, para que intercediera ante el emperador Sidi Mohamed a favor del capitán Hays y su tripulación, que llevaban algún tiempo retenidos en cárceles marroquíes, mientras sondeaba la disposición de este reino en el caso, nada improbable, de un nuevo conflicto armado con España<sup>6</sup>. Aunque la misión de liberar a los rehenes británicos se saldaría con un estruendoso fracaso, los informes emitidos por Jardine sobre la disposición del emperador resultaron tranquilizadores para su gobierno.

Después de esa prolongada estancia en Gibraltar, llegaría un periodo de cuatro años en los que Alexander Jardine contribuyó decisivamente a la constitución de una sociedad ilustrada en el seno de la Academia de Artillería de Woolwich, la *Regimental Society*, cuya finalidad era tratar y debatir con otros destacados compañeros de armas sobre los principios y los avances de la artillería. Su pase a la situación de reserva por invalidez en

3. National Archives of Scotland, 1510-1901, *Deeds, family and estate papers*, GD472.

4. Public Record Office (Londres), en adelante PRO, *War Office*, 10/49, enero-marzo 1755.

5. PRO, *Foreign Office*, 72/1.

6. F. Duncan, *History of the Royal Regiment of Artillery, compiled from the original records*, London, 1873, vol. 1, pp. 244-250.

1776, debido a la pérdida de un brazo, sería determinante para ser enviado de nuevo a España, con el fin de no levantar sospechas, en su condición de «oficial del ejército de Su Majestad más familiarizado con aquel país, su idioma y su gobierno»<sup>7</sup>. Esta vez, sin embargo, su estancia en España no se debería a su posición de militar en activo sino directamente a la de espía, para realizar «un asunto muy delicado y peligroso»<sup>8</sup>. Se trataba de viajar por el país, en compañía de su familia, y de elaborar informes sobre la situación de los arsenales españoles y las verdaderas intenciones de su gobierno.

### *Primera visita a Asturias*

Una vez atravesado Francia, Jardine y su familia se dirigieron, siguiendo la costa del golfo de Vizcaya, hacia La Coruña, donde fijarían su residencia en la propia casa del cónsul inglés en la ciudad. Es en este viaje cuando tiene la primera oportunidad de conocer un tanto Asturias, al tener que atravesarla por difíciles y estrechos caminos, siguiendo la carretera de la costa. Para darnos una idea de la dificultad de tal empresa, destacaba Jardine cómo una parte de la misma transcurría por horribles precipicios, llenos de cruces que indicaban el lugar por el que antes se habían despeñado personas y animales. Por las referencias de su libro y su correspondencia, sabemos también que dicho viaje debió tener lugar en la primavera de 1777, de paso hacia Galicia y sin mucho tiempo, por tanto, para detenerse y conocer bien la región<sup>9</sup>. Le sorprenden gratamente la gran generosidad de la naturaleza asturiana, lo escarpado de sus montañas, que califica de «sublimes y grandiosas» (frente a la suavidad de las vascas), y la existencia de numerosos riachuelos que se abrían paso por doquier entre pequeños valles llenos de bosques y peñascos. Junto a éstos, aparecía una costa jalonada de pequeñas bahías y rías que parecían concitarse para ofrecer un panorama bello y pintoresco de una región situada, en palabras de Jardine, «en medio de un emplazamiento romántico»<sup>10</sup>.

No obstante, la mejor impresión no habría de ofrecérsela el paisaje de la región sino sus habitantes. Éstos, aunque no tan numerosos y trabajadores como los vizcaínos, en opinión de Jardine, eran preferidos a los demás del reino por sus cualidades de honradez y fidelidad. Demuestra conocer con ello una realidad social muy extendida en la Corte durante la segunda mitad del siglo XVIII y responsable en gran medida del despoblamiento

7. PRO, *Foreign Office*, 72/1, *Carta de Lord Grantham a su Majestad*.

8. *Ivi*, *Memoranda of Captain Jardine's Case*.

9. A. Jardine, *Cartas de España*, edición, traducción y notas de J.F. Pérez Berenguel, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2001, carta V, pp. 193-195.

10. *Ivi*, p. 193.

de la región, esto es, la dedicación de muchos asturianos y montañeses al oficio de la librea. Efectivamente, la existencia de un cultivo minifundista muy extendido y la difícil rentabilidad de un campo emplazado en un entorno de difícil orografía empujaba en esta época a muchos asturianos a emigrar a Madrid en busca de un empleo más seguro al servicio de algún noble cortesano. Jardine destacaría también el gran parecido que presentaban los asturianos con los antiguos colonizadores romanos, algo que justificaba por el largo periodo transcurrido bajo la dominación del imperio.

Lo más interesante de las apreciaciones de Jardine lo constituyen, sin embargo, su análisis de la situación económica de la región y sus propuestas de mejora. Señalaba Jardine que Asturias constituía una de las pocas zonas de España, gracias a su aislamiento, en la que no era patente todavía la afluencia excesiva de dinero procedente de las colonias, que tanto había desalentado el necesario crecimiento de la industria en otros lugares. De este modo, la región presentaba una disposición magnífica para introducir manufacturas que fueran rentables, al contrario de lo que ya ocurría con las Reales Fábricas instituidas en otras partes del país con fondos públicos, y cuya administración había resultado poco menos que ruinosa. No obstante, con la finalidad de estimular el desarrollo económico de Asturias, se le ocurre a Jardine una idea un tanto ingeniosa. Propone que sea el Príncipe de Asturias el que, en lugar de residir en la Corte, se haga cargo de la administración efectiva de la región cumpliendo así con el tan ilustrado papel de «promover la felicidad» de sus gentes<sup>11</sup>.

La estancia de Jardine en España habría de prolongarse todavía durante dos años más, aunque no exentos de dificultades. En primer lugar, económicas, derivadas de la permanencia con toda su familia en La Coruña, así como de la necesidad de realizar continuos viajes para informar del estado general del país. En segundo lugar, el recelo más que justificado que su presencia iba a despertar en algunas esferas, en especial dadas sus poco disimuladas visitas al arsenal militar de El Ferrol o su viaje a Gibraltar, permanente fuente de conflicto — antes como ahora — para el gobierno español y obstáculo insalvable para el restablecimiento de la normalidad en las relaciones bilaterales. El inicio de nuevas hostilidades con Gran Bretaña en 1778, tras la firma del Tratado Secreto de Aranjuez entre España y Francia, le obligaría a sufrir con su familia un periodo de confinamiento antes de abandonar definitivamente el país. Durante el transcurso de su permanencia en España enviaría numerosos informes al ministerio de Asuntos Exteriores británico, actualmente accesibles a través de los fondos del *Public Record Office* bajo el epígrafe de *Military Memoranda from Spain*<sup>12</sup>. Dichos informes constan de diecisiete folios por ambas caras y no

11. *Ivi*, p. 195.

12. PRO, *Spanish Papers*, 94/254. Sin mención alguna de fecha, contiene las cartas e informes que Jardine mandó a su gobierno durante su época de espionaje en España, posiblemente a través de Gibraltar y Portugal.

hacen mención expresa de su autor, por razones obvias. No obstante, las opiniones vertidas en ellos, el estilo utilizado y los rasgos grafológicos delatan la pluma inequívoca de Jardine. En estos mismos archivos aparece también otro dossier, fechado en 1783 y titulado *Some Memoranda for Treating with Spain*, donde su autor justificaba la gran importancia de su misión y solicitaba ayuda económica para cubrir los innumerables gastos que había incurrido durante la misma<sup>13</sup>.

Lamentablemente, la suerte le sería esquiva y a su vuelta a Inglaterra se encontraría con un cambio de personas en la Secretaría de Estado y con la triste evidencia de que su mentor en el gabinete, Anthony Chamier, se encontraba ahora muy enfermo y en situación agonizante. Era pues, después de casi tres largos años fuera del país, un perfecto desconocido para las nuevas autoridades del ministerio con el agravante de arrastrar una deuda económica de 330 libras, contraída, según sus palabras, al servicio de Su Majestad. Quizás fueron estas dificultades económicas las que provocaron definitivamente la publicación de un libro en el que incluiría un resumen de sus impresiones sobre algunos de los países que había visitado en ocasiones diferentes y por distintos motivos. Sea como fuere, sus *Letters from Barbarie, France, Spain, Portugal, &c.* fueron publicadas en Londres en 1788 y constituyen uno de los análisis más certeros de la realidad social y política de la España de Carlos III<sup>14</sup>. Lejos de interesarse únicamente por las costumbres y el arte, como era habitual en los libros de viaje de la época, Jardine analiza en ellas la situación económica y política del país, así como las causas de su actual decadencia. Su no publicación en castellano vendría ampliamente justificada por dos razones principales: la primera, su liberalismo extremo y la dura denuncia de la intolerancia y los privilegios de instituciones como la monarquía, la Inquisición, el clero o la Mesta; y la segunda, la inoportunidad del pronto triunfo de la Revolución en Francia y la reacción inmediata de temor y recelo que ésta despertaría en el seno del gobierno.

Tras la publicación del libro, Jardine continúa en Inglaterra y se mueve dentro de los círculos más radicales e inconformistas de Londres. Es entonces, durante su prolongada estancia en esta ciudad, cuando entabla una relación intensa de amistad con William Godwin y participa de ese ambiente de exaltación revolucionaria que inspira un gran número de sociedades y clubes de debate que se organizan a lo largo de todo el país. Son años de

13. PRO, *Foreign Office*, 72/1. Dicho informe es posterior y está incluido entre los referidos a España durante los meses de enero a mayo de 1783. Para conocer el contenido concreto de dichos informes, *vid. Jardine, op. cit.*, pp. 38-42.

14. A. Jardine, *Letters from Barbarie, France, Spain, Portugal, &c.* 1ª edición, London, T. Cadell, 1788, 2 vols. Llegaría a dos ediciones más: una al año siguiente en Dublín, y una tercera en Londres en 1808. El motivo de esta última quizás haya que buscarlo en la necesidad que tenía el gobierno inglés de instruir a sus tropas sobre el país donde habrían de ir a luchar contra los franceses durante la Guerra de la Independencia.

reivindicar mejoras que hicieran posible la extensión de la democracia y el voto a todos los ciudadanos, de propugnar la generalización de la educación obligatoria, de solicitar la aplicación de mejoras sociales y económicas junto a la eliminación de barreras arancelarias y restricciones al libre comercio, y de apoyar los principios universales que habían inspirado primero la causa de la independencia americana y después la propia Revolución Francesa. Jardine, como muchos de sus congéneres ilustrados, radicalizaría en esta época sus planteamientos políticos y propugnaría la universalización de las conquistas políticas y sociales logradas en estas dos revoluciones que acababan de triunfar. Es en estos años de idealismo y de firme creencia en una utopía de igualdad y justicia universales cuando Jardine propone a Godwin la creación de una sociedad, la *Philomathian Society*, donde se pudieran debatir todos los problemas del momento y en la que participaran algunos de los personajes más destacados de la época, no sólo de Inglaterra, sino también del resto de Europa. De España propone a Olavide y al asturiano Campomanes, y de Inglaterra una lista muy variada en la que encontramos médicos, abogados, matemáticos, artistas, junto a algunas «mentes filosóficas en busca de la verdad», entre los que se incluyen, además de él mismo por supuesto, Godwin, Holcroft, Priestley, Williams, Fox o Sheridan<sup>15</sup>.

No obstante, pronto vendría a hacerse realidad su largamente anhelado propósito de ser nombrado cónsul en La Coruña, y esta nueva situación propiciaría el fin de su participación en dichas actividades e iba a imposibilitar su asistencia a las mismas. Por desgracia, dicho nombramiento, que debería haber sido únicamente motivo de felicidad, habría de coincidir también con un empeoramiento notable de su salud<sup>16</sup>, agravado quizás por un acontecimiento tan doloroso como la pérdida de dos de sus hijos<sup>17</sup>, primero de su hija mayor Charlotte, casada recientemente con el juez inglés Robert Dallas<sup>18</sup> y, quince días más tarde, de otro hijo suyo que servía como oficial en la India.

15. Bodleian Library (Oxford), Abinger Deposit c. 532/4.

16. Edinburgh University Library, La II 423/158, *Carta de Jardine a Joseph Johnson*, 6 junio 1792. Joseph Johnson era uno de los editores más destacados de Londres y Jardine acude en su ayuda para publicar un libro sobre la reforma política supuestamente traducido del italiano y atribuido a Borghesi, compositor francés y crítico musical nacido en Roma. El título era *An Essay on Civil Government or Society Restored* y no llegó a publicarse nunca. El profesor Dybikowski, en su interesantísimo artículo *Society Restored and its Authors* ["Enlightenment and Dissent", vol. 11 (1992), pp. 107-114], demuestra que el libro incluía un apéndice crítico bastante largo, en realidad un panfleto a favor de la revolución francesa, cuyo verdadero autor no era otro que Alexander Jardine.

17. F. de Miranda, *op. cit.*, vol. 6, *Carta de Turnbull a Miranda*, 20 noviembre 1792, pp. 220-221.

18. *Vicar-General Marriage Licence Allegations (1694-1850)*, 7 agosto 1788.

*Segunda visita a Asturias y relación con Jovellanos*

Había llegado, no obstante, el momento de sobreponerse a las circunstancias, de por sí tan adversas, y de emprender viaje a España a ocupar su nuevo puesto en el consulado inglés de La Coruña. Su primera intención, que comunica en carta citada a su amigo el general Miranda, era hacer este viaje como el anterior, esto es pasando primero por Francia. Pero esta vez las obligaciones de su nuevo cargo y, sobre todo, el enfrentamiento entre su gobierno y el francés hacían imposible pasar antes por París y Bruselas (como era su deseo) y así visitar a algunos de sus amigos y recoger las pertenencias que le había dejado su padre al morir en la capital belga unos años antes.

El nuevo puesto le llegaba, además, en un momento de cierto amargor político al contemplar con indignación como su propio gobierno entraba en guerra con la primera nación que había sido capaz de liberarse de las cadenas de la aristocracia y la tiranía y que representaba, mejor que ninguna otra, todos los ideales que Jardine había defendido y seguía defendiendo con tanta ilusión y tenacidad. Su creencia de que la experiencia francesa acabaría triunfando, más tarde o más temprano, y extendiendo la libertad y la justicia por todos los países de Europa, empezando quizás por España, aún seguía firme. Descartado su paso por Francia, decide viajar entonces en un paquebote español, el *Quirós*, junto a su mujer, una hija soltera y su nieta de veinte meses que había quedado huérfana hacía poco tiempo. Su estado de salud era malo, probablemente a consecuencia de una afección de tipo renal, como parece desprenderse de su correspondencia<sup>19</sup>. A pesar de ello, el atractivo de su nueva función consular y la posibilidad de proporcionarle definitivamente una fuente de estabilidad económica a su familia, con una asignación anual de quinientas libras, eran motivos más que suficientes para emprender el viaje.

Lejos estaría de imaginar entonces las sorpresas y desagradables circunstancias que le iba a deparar esta nueva travesía. Quizás su primer error fuera pretender viajar entre Inglaterra y España a bordo de un buque español, obligado a pasar como estaba por aguas con tantos conflictos jurisdiccionales. Así, poco después de zarpar serían abordados por una fragata francesa, *L'Uranie*, donde, quizás a tenor de sus confesas simpatías por la Revolución, él y su familia recibirían un trato más que correcto. No obstante, a los pocos días, cuando se dirigían a la costa francesa, serían abordados nuevamente por el barco corsario *James and Nancy*, procedente de la isla de Jersey, esta vez con peores consecuencias. El viaje se alargó hasta un total de veinte días, y acabaron siendo desembarcados en Gijón y no en La Coruña, como era su intención primera, no sin antes hacer frente a un importante pago de cincuenta libras en concepto de rescate. Para colmo de

19. PRO, *Foreign Office*, 72/33.

males, el capitán del barco corsario, Bertaut, acusaría poco tiempo más tarde a Jardine ante su gobierno de inteligencia con los tripulantes del barco francés, y de desear ser conducido a Francia en lugar de a España. En época de guerra, esto equivalía nada menos que a una acusación de alta traición. Como es natural, la secretaría de Estado británica no tardó en exigir a Jardine las explicaciones pertinentes.

La pésima reputación del capitán Bertaut y la intermediación del vicecónsul inglés en Gijón junto a algunas otras amistades de Jardine le acabarían salvando, no sin dificultades, de dicha situación. Desempeñaría aquí un papel muy destacado su yerno Robert Dallas, enviudado recientemente y juez reputado, que escribiría una carta a las autoridades británicas en defensa de su honorabilidad utilizando argumentos bastante convincentes. A favor de Jardine jugaban, en su opinión, su anhelado deseo de venir a España a ejercer de cónsul, el sueldo y prestigio del nuevo puesto, su conocimiento del idioma y el hecho, no poco importante, de que su mujer fuera española. En contra de Bertaut, señalaba Dallas, estaban su pésima reputación, que hacía poco creíble que hubiera rechazado un soborno para conducir a la familia Jardine a Francia, y los tres meses transcurridos desde que ocurriera dicho incidente hasta que formalizara finalmente su denuncia.

Sea como fuere, Jardine desembarca finalmente en Gijón a principios de noviembre de 1793 y visita al vicecónsul inglés en la ciudad, Edward Kelly, quién le presenta días más tarde a Jovellanos, el 11 de noviembre. Éste anota en su diario los detalles de este primer y único encuentro con Jardine<sup>20</sup>. Se ven en la posada de la Reina y mantienen una conversación filosófica sobre la propiedad. Jovellanos señala que Jardine había servido en Gibraltar y en América, y que había perdido el brazo durante la Guerra de la Independencia de 1779. Sin embargo, no hay constancia alguna de este hecho. Muy probablemente fuera una invención del propio Jardine, hecha seguramente con el único propósito de despertar su admiración. En dicho encuentro, Jardine ofrecería a Jovellanos un ejemplar de su libro y le haría entrega de la primera edición inglesa del que acababa de publicar a principios de año su otrora buen amigo William Godwin titulado *Investigación acerca de la justicia política*<sup>21</sup>. Jovellanos comienza a leer la obra de Jardine pocos días después de recibirla, el 8 de febrero de 1794, y la considera excelente. Su lectura coincide, en parte, con la del libro de Godwin y le sirve para juzgar a Jardine más humano, más juicioso y menos elocuente que aquel a la hora de abordar el tema religioso (*Diario*, 13/2/1794)<sup>22</sup>.

20. G.M. de Jovellanos, *Obras Completas*, tomo VI, *Diario: 1º (Cuadernos I a V, hasta 30 de agosto de 1794)*, edición de J.M. Caso González, J. González Santos, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII y Ayuntamiento de Gijón, 1994.

21. Su título en inglés es *An Enquiry Concerning Political Justice and Its Influence on General Virtue and Happiness*.

22. G.M. de Jovellanos, *op. cit.*, tomo VI, p. 541.

Los meses posteriores a este fugaz encuentro habrían de ser testigos de una amplia correspondencia entre ambos que se iba a prolongar durante casi tres años. Pero es en el periodo que abarca desde marzo hasta octubre de 1794 cuando se concentra la mayor parte de ésta y cuando los dos se darán cuenta de que sus ideas políticas resultaban totalmente irreconciliables. Lo que comenzó como una historia de amistad entre dos personas que compartían un mismo afán de reforma y progreso social acabaría convirtiéndose, con el tiempo, en la historia de un cierto desencuentro. El Alexander Jardine que Jovellanos conoció no era el mismo que había escrito las *Cartas*: habían pasado más de quince años desde entonces y muchas de sus ideas habían sufrido una clara evolución política que le distanciaba no sólo de sus planteamientos anteriores, sino también de la realidad presente de su país y, por ende, de las ideas reformistas de Jovellanos. Si en las *Cartas* Jardine había abogado por un sistema político de monarquía limitada en el que existiera un equilibrio montesquiano de los tres poderes del Estado, ahora se había convertido en un decidido defensor y propagandista de aquellos principios revolucionarios que habían traído consigo los nuevos cambios en Francia, y con ellos también el terror a una parte de esa sociedad y el recelo al resto de las monarquías de Europa. Si bien en los fines podían existir algunas coincidencias entre ambos, en los medios el desacuerdo no podía ser más absoluto, al ser uno partidario de los más expeditivos y radicales, y el otro de una reforma gradual y progresiva, sin prisa pero sin pausa. La amistad, como suele ocurrir siempre, acabaría sufriendo también las consecuencias de unas desavenencias tan crecientes.

Lamentablemente, nada se sabe sobre el paradero final de la correspondencia mantenida entre Jardine y Jovellanos. Su carácter confidencial y la franqueza con que ambos se trataron desde un primer momento parecen adivinar unas cartas de inestimable valor. Las hipótesis que se establecen para explicar esta desaparición son varias. Sabemos, por el único borrador de carta que se conserva, que Jovellanos pretendía conseguir una licencia que le permitiera disponer de libros prohibidos en la biblioteca del Real Instituto, así como guardar en este lugar o en el archivo las cartas que Jardine le había estado enviando. No obstante, esta dispensa le sería denegada por el Inquisidor General, el cardenal Lorenzana, con el argumento de que en castellano existían muy buenas obras para la instrucción particular y la enseñanza pública. Y lo que es todavía peor, un año más tarde, el 5 de septiembre de 1795, Jovellanos se encontró al cura de Somió, comisario de la Inquisición en Gijón, dentro de la biblioteca, privada, del Real Instituto. Para entonces, éste tenía que saber bien que se encontraba en el punto de mira del Santo Oficio y que su correspondencia podía ser objeto de algún tipo de vigilancia. Su desaparición pudiera deberse entonces, como bien señala el hispanista John Polt<sup>23</sup>, a que Jovellanos se hubiera deshecho

23. J.H.R. Polt, *Jovellanos and his English Sources*, en *Transactions of the American*

# TRienio

ILUSTRACIÓN Y LIBERALISMO. REVISTA DE HISTORIA

Dirigida por Alberto Gil Novales

Número 54, Noviembre 2009

Jorge Planas Campos, *La contribución británica en la Guerra de la Independencia. Una aproximación cuantitativa*

Carlos Nieto Sánchez, *Manuel Marliani: un progresista desconocido*

Esteban Canales Gili y Ángeles Carvajal Azcona, *La adulteración de alimentos en Gran Bretaña en los inicios de la Revolución Industrial*

Aline Vauchelle, *Diálogo político. España en 1840, un extraño alegato en pro del republicanismo federal publicado en Francia por Manuel María de Oviedo*

Felipe Lorenzana, *Tras los cristales del Dos de Mayo, Rodrigo López de Ayala; regidor de Badajoz, diputado por Extremadura y mayordomo de su Majestad*

Manuel Hernández González, *La etapa americana del ingeniero venezolano José de Pozo y Sucre: de la expedición de Cevallos a la Revolución Norteamericana*

## RESEÑAS

Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España (Estudio preliminar de R. Hocquellet)*, Pamplona, Urgoiti Editores, 2008. Por A. Moliner Prada  
J. Kläiber, S.J., *Los jesuitas en América Latina, 1549-2000. 450 años de inculturación, defensa de los derechos humanos y testimonio profético*, Lima, Fondo editorial de la Universidad Antonio Ruiz Montoya, 2007. Por A. Astorgano Abajo

A. Astorgano Abajo-E. Palacios Fernández, *La Literatura de los jesuitas vascos expulsos (1767-1815)*, Madrid, Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, Delegación en Corte, 2009. Por C.A. Martínez Tornero

I de Antillón y Marzo, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros, motivos que la han perpetuado, ventajas que se le atribuyen y medios que podrían adoptarse para hacer prosperar sin ella nuestras colonias*, edición de J. M<sup>o</sup> de Jaime Lorén, Calamocha (Teruel), Centro de Estudios del Jiloca, 2006. Por A. Gil Novales

M. T. Llera, *La Biblioteca Francisco de Zabálburu. Adquisición de fondos y Estudio catalográfico*, Prólogo de F. de los Reyes Gómez, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2007. Por A. Gil Novales

V. Scotti Douglas (a cura de), *Ancora sugli italiani in Spagna durante la Guerra de la Independencia*. Atti della Giornata internazionale di studio (Milano, 24 gennaio 2008), en *Il Risorgimento. Rivista di Storia del Risorgimento e di Storia contemporanea*, nn. 1-2, Milano 2008. Por A. Gil Novales

M. Ruiz Jiménez, *Para una reconstrucción de las Cortes de Cádiz: Los papeles de Gobierno interior del Archivo del Congreso de los Diputados*, Madrid, Anejos de la revista *Trienio*, 2009. Por A. Gil Novales

escrito a propuesta de la Real Sociedad Matritense de Amigos del País. Así, frente a la utopía planteada por Godwin, Jovellanos propondría a Jardine el pragmatismo de su propio *Informe*, lleno de medidas concretas que resultaran aceptables para la mayoría y susceptible de conducir en su aplicación a una mejora lenta pero «real» y progresiva de la sociedad.

Entre el sistema propuesto por Godwin y la situación española existen, según Jovellanos, diferentes pasos intermedios y, por tanto, la aspiración de cada país debe ser la de avanzar un poco en la dirección del progreso, pero siempre sin pretender alcanzar el estado ideal de gobierno de manera brusca y repentina, tal como proponía Godwin o como se había puesto en práctica en Francia con la Revolución. Antes bien, un escalón intermedio deseable sería el de lograr una forma de gobierno semejante a la británica, con un parlamento proporcional, una libertad política y civil, y una legislación más protectora de la propiedad. El único remedio para promover el desarrollo pacífico de las sociedades modernas pasaba inexorablemente, en opinión de Jovellanos, por el fomento de la educación y, por tanto, es a ello a lo que debía dedicar ahora las mejores ideas y los mayores esfuerzos.

Por lo que respecta al resto de su correspondencia, disponemos tan sólo de las anotaciones que Jovellanos iba haciendo en su *Diario* y que consisten en un breve resumen de su contenido. Es muy probable que el número de cartas que enviara a Jardine coincidiera con las veintitrés que aparecen en su diario, pero no así las que procedían de éste, doce en total, puesto que es de suponer que no siempre hiciera reseña de las mismas. Este correo serviría también para intercambiarse libros y lecturas o incluso para solicitar diferentes materiales para el Real Instituto. De este modo, realizaría a Jardine el encargo de un telescopio, un microscopio y un teodolito. Jardine debió cumplir bien con el microscopio y el teodolito pero no así con el telescopio, ya que, se lamentaba Jovellanos, éste no servía para «descubrir con él los satélites de Júpiter» (*Diario*, 1/5/1794).

Jovellanos insistía constantemente en su condena enérgica de cualquier forma de rebelión. Como señalaba en una de sus cartas, «nada bueno se puede esperar de las revoluciones en el gobierno, y todo de la mejora en las ideas» (*Diario*, 3/6/1794)<sup>25</sup>. Además, estas mejoras tampoco deberían proceder de una minoría que actuara supuestamente en nombre del bien común sino que, por el contrario, deberían ser deseadas por la mayoría antes de ser aplicadas. Es en este punto donde empieza a manifestarse, ya sin ambages, su desacuerdo total con la postura de Jardine, que seguía considerando «el espíritu de la revolución como distintivo de mérito». La divergencia es tan patente que Jovellanos, después de recibir una nueva carta de Jardine, advertía lo siguiente: «no me gustan ya sus ideas políticas, y menos las religiosas» (*Diario*, 19/6/1794)<sup>26</sup>.

25. *Ivi*, p. 588.

26. *Ivi*, p. 594.

La permanente apelación de Jardine a «sus caballos de batalla» (*Diario*, 31/7/1794) debió ser muy persistente, ya que en ese verano volvería a mostrar toda su confianza en el proceso revolucionario francés y en el nuevo partido que habría de suceder a Robespierre, frente a un Jovellanos que no podía disimular ni por un momento su irritación al ver el país vecino tiranizado por una figura política a la que consideraba «uno de los grandes azotes del género humano»<sup>27</sup>. El fruto de tales desavenencias sería un cierto cansancio de Jovellanos, así como un mayor espaciamiento de la correspondencia entre ambos, a pesar de lo cual Jardine le seguiría mandando sus libros y revistas inglesas y Jovellanos le correspondería con un ejemplar, ya impreso, de su *Informe de Ley Agraria*. No obstante, las referencias en sus cartas acaban limitándose principalmente a cosas materiales o a la petición de algún tipo de recomendación en favor de alguien.

Al cansancio ya señalado de Jovellanos vendría también a sumársele pronto un cierto descontento con el envío y la facturación de los libros y revistas que le mandaba Jardine por mediación de un librero inglés. De este modo, menciona en su *Diario* la llegada de una carta de Jardine conteniendo una «inclusa» de libros por valor de 155 libras esterlinas. Aunque no aparece juicio de valor alguno sobre dicha cantidad, es evidente que la cifra debía parecerle desproporcionada, máxime si tenemos en cuenta que suponía casi la tercera parte del sueldo anual del propio cónsul inglés. Este hecho se agravaba además con la inclusión, junto a la factura, de «muchos [libros] no pedidos» (*Diario*, 6/2/1795), así como la inexistencia de muchos otros que sí esperaba recibir<sup>28</sup>. Resulta, por tanto, fácil suponer el malestar que Jovellanos debía sentir por una actuación tan poco eficiente, de la cual tenía que responsabilizar necesariamente a Jardine. A partir de entonces, serían muy pocas las ocasiones en las que Jovellanos escribiría a éste, y en muchas de ellas se mostraría molesto por su insistencia en querer volver a tratar los mismos asuntos políticos y filosóficos de siempre: «Carta larga a Jardine, entrando, en fin, en hablar de sus sueños filosóficos; dígoles que por la última vez, mi poca afición a ellos» (*Diario*, 23/2/1796)<sup>29</sup>. La última anotación de Jovellanos referida a la correspondencia de Jardine habla ya por sí sola: «Jardine siempre con sus manías» (*Diario*, 25/7/1796)<sup>30</sup>. Finalmente, cuando se declara la guerra contra Gran Bretaña, Jovellanos haría la siguiente consideración: «si alguna buena, lo sería principalmente la que se hace a un pueblo orgulloso, enemigo de la paz general» (*Diario*, 15/10/1796)<sup>31</sup>.

27. G.M. de Jovellanos, *op. cit.*, tomo VI, p. 621.

28. G.M. de Jovellanos, *Obras Completas*, tomo III, *Correspondencia: 2º (Julio 1794-Marzo 1801)*, edición de J.M. Caso González, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII y Ayuntamiento de Gijón, 1986, p. 230.

29. *Ivi*, p. 356.

30. *Ivi*, p. 381.

31. *Ivi*, p. 393.

*Últimos años en La Coruña y nuevo conflicto hispano-británico*

La estancia de Jardine en el consulado de La Coruña tampoco habría de estar exenta de problemas. Nada más llegar se encontraría con una inspección de aduanas muy rigurosa, probablemente en busca de libros prohibidos que pudieran ser introducidos ilegalmente en España. En esta época, la censura establecida por la Inquisición era férrea y la mayoría de las lecturas de Jardine, por no decir todas, estaban entonces prohibidas en España. Sus quejas se dejarían oír tanto en el gobierno de Madrid como en la embajada británica. Finalmente, después de mucha insistencia, el superintendente general del reino, Diego Gardoquí, acabaría emitiendo una orden que conminaba a la devolución de todos los libros de éste retenidos en la aduana<sup>32</sup>. Algún tiempo después, Jardine expresaría incluso su deseo de donar algunos de esos libros a una biblioteca y de crear un Instituto a semejanza del promovido por Jovellanos en Asturias<sup>33</sup>. Dicha solicitud se la hace llegar directamente al primer ministro Godoy, aunque acompañada de una petición al gobierno para que permitiera la entrada de libros extranjeros en el país. Como cabía esperar, no consta respuesta alguna a dichas peticiones. Además, diversos incidentes en su gestión suscitarían pronto la queja oficial de las autoridades españolas y, lo que es peor, la censura y la exigencia de explicaciones por parte de su propio gobierno. Hasta tal punto llegó en alguna ocasión la indignación del embajador británico en Madrid, Lord Bute, con Jardine que llega a afirmar en carta a su gobierno que ya no se atrevía a confiar más en él, especialmente en un momento de relaciones diplomáticas tan difícil como el presente<sup>34</sup>. Efectivamente, poco después, el gobierno español imponía un embargo a todos los barcos ingleses, incluido el correo de La Coruña, que constituiría un preludio de la posterior firma del Tratado de San Ildefonso con Francia y la enésima declaración de guerra a Gran Bretaña en octubre de 1796.

El comienzo de dichas hostilidades supondría el fin definitivo de la comunicación entre Jovellanos y Jardine. A las razones ya apuntadas anteriormente había que añadir ahora también el peligro que suponía el mantenimiento de esta correspondencia en una época de enfrentamiento bélico entre las dos naciones. Pocos meses más tarde, Jovellanos señalaría lo siguiente: «Reveo la correspondencia enviada por Jardine; mañana, más despacio» (*Diario*, 20/1/1797)<sup>35</sup>. Nunca más volvió a saberse de ella. La última referencia iba a aparecer, sin embargo, en su *Diario* del 21 de abril de aquel año, cuando el cónsul inglés de Gijón le pidió a Jovellanos un encar-

32. Archivo Histórico Nacional (Madrid), *Estado*, leg. 3457, n. 18.

33. Entre ellos encontramos obras de Newton, D'Alembert, Bowles, Hume, Robertson, los *Travels through Spain* de Swinburne y, naturalmente, su propio libro.

34. PRO, *Foreign Office*, 72/44.

35. G.M. de Jovellanos, *op. cit.*, tomo III, p. 408.

go para Jardine<sup>36</sup> y éste le contestó lo siguiente: «dígame que ya no está en España»<sup>37</sup>. Es fácil pensar que Jovellanos creyese que Jardine se había marchado a Gran Bretaña, especialmente después del decreto de expulsión de los residentes británicos en España emitido por el gobierno español al comienzo de las hostilidades.

Mientras tanto la situación de Jardine, cuya salud había empeorado notablemente, se volvía cada vez más difícil. Privado de la confianza de su gobierno e ignorado por la administración española se ofrecería, a la desesperada, de mediador entre los dos países, incapaz de reconocer sus propias limitaciones y quizás impulsado por su confianza plena en un futuro mejor para la humanidad. Sabedor ya por experiencia propia de la suerte que cabía esperar en tal situación, es decir, primero el confinamiento y después la expulsión, y dado su delicado estado de salud, remite diversos informes médicos a las autoridades españolas en los que se acredita la gravedad del caso y se señala la conveniencia de tomar aguas y baños termales, al tiempo que se recomienda no realizar ningún viaje. En un primer momento, debido quizás a su amistad con el gobernador militar de Galicia, el teniente general Galcerán Vilalba, el gobierno español accedió temporalmente a sus peticiones pero, lamentablemente, el nombramiento del general Miguel Desmazières como nuevo gobernador vendría a cambiar el panorama por completo para Jardine. Tras solicitar de nuevo clemencia para evitar hacer el viaje a Portugal, dadas las delicadas circunstancias personales, insistiría en ser tratado con humanidad y benevolencia, y llegaría incluso a apelar a su amistad con el general Pacheco y con el mismo Jovellanos. Lejos debía estar entonces de saber que éste último también había caído en desgracia y se encontraba desterrado en Gijón, tras un fugaz paso por el ministerio de Gracia y Justicia.

Perdida finalmente toda esperanza, amenazaría al gobierno español, en carta dirigida al general Desmazières, de pretender provocar la muerte de un enfermo e indefenso cónsul inglés y de no ser consciente de la dimensión internacional que podría tener un hecho tan grave<sup>38</sup>. Dicha actuación, que sólo puede interpretarse como una huida hacia adelante, surtiría efectivamente un efecto contrario al deseado, y sería considerada como un acto de soberbia intolerable por parte del gobernador. Las consecuencias no se hicieron esperar y las peores predicciones del propio Jardine estaban a punto de cumplirse, para desgracia suya. Conocemos, por mediación de una emotiva carta que escribió su mujer al ministro de Asuntos Exteriores

36. Un ejemplar del *Diccionario de pronunciación inglesa* de Walker.

37. G.M. de Jovellanos, *op. cit.*, tomo III, p. 423.

38. Este último recurso de Jardine de apelar a la cautela del gobierno ante las posibles repercusiones de su muerte resulta un tanto exagerado. Para su desgracia, en el siglo XVIII la prensa se encontraba todavía en una época de incipiente desarrollo y carecía de la influencia que puede tener en la actualidad.

británico Lord Grenville, las condiciones de su muerte, y ciertamente no pudieron ser más penosas<sup>39</sup>. Obligado a viajar a Portugal con su mujer y su hija, en pésimas condiciones, y sin permitirle hacer ninguna parada durante el camino, Jardine sufriría una grave inflamación en el pecho que acabaría provocándole la muerte diez días más tarde. Trágico fin, sin duda, para alguien que tanto había amado nuestro país, la hospitalidad y alegría de sus gentes, sus costumbres y su idioma, aún a pesar del carácter despótico de su gobierno.

39. PRO, *Foreign Office*, 72/46, *Carta de Juana Jardine a Lord Grenville*.